



VILLENA, 17 Marzo 1907

Núm. 6

LA LUZ DEL PORVENIR

PERIÓDICO QUINCENAL ESPIRITISTA
ÓRGANO DEL CENTRO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS
LA CARIDAD



PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

Villena, un trimestre 0'30 pesetas
Fuera 0'45
Número suelto 0'05

PAGO ADELANTADO

ADMINISTRACIÓN

Calle de San Cristóbal, número 10

¡Qué final!

I

Hay momentos en que el peso de la vida abrumba, porque parece que todo se combina y se confabula para hacer más penosa nuestra peregrinación por la tierra; falta de salud, achaques inherentes á la vejez, escasez de recursos para atender á las primeras necesidades de la vida, desengaños en las amistades, todo en fin, cuanto puede mortificar al mísero habitante de este mundo; todas las contrariedades se dan cita, y todas acuden presurosas para verter su gota de amargura en la copa de la existencia del que viene á expiar actos punibles cometidos en otras épocas.

Yo soy uno de esos penados condenados á cadena perpétua, y por lo familiarizada que estoy con las adversidades terrenales, me fijo muchísimo en las historias tristes que continuamente relatan los periódicos.

Hace pocos días leí un suelto que me impresionó profundamente; decía así:

«En unas barracas sitas en un solar de la calle de Aragón, entre las de Casanova y Muntaner, se declaró anoche un incendio.

Dada la señal de fuego, acudieron los bomberos de la calle de Muntaner y de la Ronda de San Pablo, con bombas, carros y útiles necesarios.

El voráz elemento había adquirido grandes proporciones cuando llegaron los bomberos, por lo que á pesar de los esfuerzos que hicieron para sofocarlo, no pudieron salvar nada de dichas barracas.

Por ser madera y cañas lo que ardía y en un perímetro reducido, todo fué pronto pasto de las llamas, haciéndose completamente imposible penetrar dentro de una de las barracas en que

había una anciana de unos setenta años de edad, la cual quedó enteramente carbonizada.

La desgracia ha causado hondo sentimiento en el vecindario.

Fueron varios los periódicos que dieron tan lamentable noticia y uno de ellos, dándole más detalles, decía que la anciana en cuestión había salido del Hospital de la Santa Cruz en aquel mismo día por la mañana, que viajó durante por Barcelona, porque no tenía en su bolsillo dinero y que cansada de tanto andar, pidió al guarda que moraba en uno de los hornos incendiados, que le diese albergue aquella noche, porque no tenía donde guardarse y el buen hombre, compadecido de su infeliz estado, accedió a su deseo, y al poco rato se echó a dormir lo necesario para arreglar su cama, y cuando volvió a su dormitorio, las llamas le quemaron el pecho.

¿Acuanta costadería, tan se presta el anterior relato? ¿No es verdad? ¿Qué fruto tan precioso puede salir del hospital, que entrase en medio de la noche como una logueta, sin albergue ni pan, para pasar la noche y apenas se sentó junto a un hogar, para calentarse, sabe Dios si su misma debilidad la haría caer desde los techos incendiados y su pobre cuerpo quedó carbonizado sin tener una mano amiga que la separara del potro de su tormento!

¿Que despertar habrá sido el de esa infeliz?

II

«Aun no ha despertado que dice un espíritu, aun suenan las maldiciones hechas de las serpientes del fuego. Que final, dice tu en tus lamentaciones, tienes razón, que fibró tan honroso después de lazos que de pey venidos su cuento. Pero ¿qué que resiste en la vida, seña que en su tiempo la semilla que más le agrada y según el viento que arroja en los suelos de la vida, así recoge a su debida tiempo la cosecha de su sembradura. Esa infeliz que la muerte carbonizada tiene una historia terrible.

En una de sus existencias, ocupó un alto puesto en la curia eclesiástica, y en sus días y años, hasta llegó a edificar la *torre de S. Pedro*, y de allí se le vino a tener en la persecución de los herejes, y le recordaba, como si la luz que espantó a los contrarios con su palabra, y por su obra, más robó a pey, como una gran cantidad, para que murieran todos los habitantes que eran paganos en su mayoría, y él desde la cumbre de una montaña, contempló aborrazado la agonia de centenares de judíos que murieron asesinados por él. Crímenes tan horribles, satisfacciones tan infernales, gocees tan crueles, no pudo andar por herencia al espíritu, más que hambre, sed, abstracción y soledad absoluta y agonia espantosa en el momento de su condenación. El *tema* es triste, pero el *principio* *tu* *cuál*. Todo aquél que goza ante el martirio de otro, es un miserable, es un ser desgraciado y él mismo prepara su condenación, no diremos eterna, pero sí prolongada.

Haces bien, compadeciendo á los degraciados, pues por mucho que los compadezcas nunca los compadecerás bastante, porque ¡es tan malo ser malo!; ¡se arrastra tanto tiempo la cadena de la expiación! Adios».

III

Agradezco muchísimo el consejo que me ha dado el espíritu; siempre he compadecido á los deñados, y á los venidos por la miseria, pero ahora será más profunda mi compasión porque sé por mí misma ¡que es tan malo ser malo!

Amalia Domingo Soler.

UN SOLO TEMPLO, UN SOLO CULTO

En números anteriores dijimos que sólo debía quedar en pie en la Tierra, como en el resto del Universo, un *ídolo* único, el Dios del Amor.

Pues bien, hermanos queridos, Ese Ídolo es tan Grande que no se puede encerrar en nuestros pequeños templos humanos.

Sólo un templo hay digno de tanta Grandeza, de tanta Sabiduría, de tanto Amor. Ese templo único, como único es el ídolo que se ha de adorar en él, es la Creación, es la misma obra del Supremo Hacedor, es el Universo, en fin.

¿En dónde encontrará el alma una Iglesia, una Catedral, por grandiosas que éstas sean, en las que halle la facilidad para elevarse sobre el polvo terrestre, como la que encuentra el espíritu en la cima de los montes y á la orilla del mar?

¡Ah! Confesémoslo. Aún somos muy niños y todo lo humano resulta mezquino, pequeño, ínfimo, despreciable, cuando quiere relacionarse con el Creador.

No hay templo digno del Dios de la Naturaleza, más que la Naturaleza; no hay altar digno del Dios de Verdad, más que el Universo mismo.

También el culto, ha de reducirse á la unidad.

Un sólo Ídolo, el Dios del Amor.

Un sólo Templo, el Universo, la Creación.

Un sólo culto: La caridad, ó sea el amor elevado á su más grande, á su más noble, á su más pura expresión.

Este es el único culto que admite el Creador: el Amor entre todos los seres salidos de sus manos, sin distinción de razas, de sectas, de naciones, ni de creencias.

Estudiemos.

¿Qué fin se ha propuesto Dios al dar la vida al infinito número de seres que pueblan el Universo?

Este fin que tan sólo comienza el hombre á vislumbrar; **ese fin Grandioso**, es la Armonía, es la unión de todos los seres creados, formando una sola familia, cuyo Padre Amorosísimo es **Él**.

Ese fin adorable, es la entronización del Amor puro, universal, en toda la Creación, y por consecuencia natural, del *Bien* y de la *Felicidad para todos*, puesto que el amor puro, sólo *Felicidad*, sólo *Bien* puede producir.

¿Qué somos nosotros en este Inmenso Taller del que ha de salir la felicidad de todos?

Átomos, pigmeos, nada, somos. Pero, sin embargo, cada uno de nosotros, á pesar de su pequeñez y de su exigüidad en todo, es un trabajador de ese taller y tiene su misión que cumplir en él.

Así como son necesarios los granos de arena para formar las montañas, somos, (y lo repetiremos siempre) dentro de nuestra relativa pequeñez, somos obreros indispensables, necesarios, de la obra del Creador.

¿Cuál es nuestra misión en ella?

Sabiendo que el fin que persigue la Excelsa y Suprema voluntad, es la Armonía Universal, debemos hacer esfuerzos sobrehumanos para encaminar nuestros pasos, nuestros actos todos á armonizar y no á dividir.

Debemos dirigir todas las fuerzas de nuestro espíritu hácia la unión fraternal de todos los seres creados; en una palabra, debemos sembrar á nuestro paso, Amor y Luz en todos los corazones, sin exceptuar á los que nos quieren mal, rindiendo así á Nuestro Padre, el Único Culto que **Él** quiere recibir de todas las almas; es decir: el mútuo amor entre ellas.

Esa es nuestra misión: ¡Amar!

Esa es la labor que no debemos dejar de la mano ni un instante: ¡Armonizar, fundir, estrechar los corazones todos en un ardiente sentimiento de amor mútuo, sin distinción de colores ni de creencias!

Ese es el Único Culto que admite el Dios del Amor: ¡La Caridad, el perdón de las ofensas, la misericordia, el amor, en fin, entre sus hijos!

Obremos como seres conscientes:

Reconozcamos que, efectivamente, en el Universo, no existe más que un Creador, un sólo Dios, que es Padre de los infinitos seres creados.

Reconozcamos también que es tan Infinitamente Grande ese Excelso Sér que sólo la misma Obra suya, tan Grandiosa como **Él**, puede ser digno templo en donde el alma acuda á elevarse hácia su Hacedor.

Y rindámosle el culto que exige á la criatura racional, ó sea la caridad, el amor.

Sacrifiquemos nuestro orgullo y nuestro egoísmo, que son las únicas causas de la perversidad de las acciones humanas.

Acordémonos en cada instante de nuestra vida de que todos somos hijos de un mismo Padre, que somos hermanos, y que debemos tratar á nuestros semejantes como quisiéramos que lo hiciesen con nosotros.

Guardemos la soberbia para con nosotros mismos, y seamos para los demás indulgentes, misericordiosos, piadosos, tiernos y compasivos.

Consideremos la mucha necesidad que tenemos del perdón de todos y en consecuencia, perdonemos á todos sus ofensas hácia nuestra personalidad.

En fin, Amémosnos unos á otros, según nos mandó Cristo, el sublime crucificado.

En la práctica de esas admirables palabras del Maestro, está encerrada precisamente la clave del *Único Culto* que admite de sus criaturas el Sumo Hacedor, es decir: la Caridad, ó sea el Amor Grande, Puro, Desinteresado, Universal, entre todos los seres de la Creación.

NUESTRA RELIGION

Para que en esta materia podamos llegar á conclusiones verdaderas y satisfactorias, es preciso partir de una base firme, clara y unánimemente aceptada.

¿Es necesaria la Religión? Todas las que el hombre ha establecido y practicado en el transcurso de la historia, obedecen á un hecho real y positivo que él interpretó á su manera en cada época, ó son simplemente juegos de imaginación, combinaciones fantasmagóricas de cuatro embaucadores como Buda, Confucio, Mahoma y Jesús, que llegaron á dominar por este medio tan fácil y sugestivo?

La verdad, casi nunca está en los extremos; así es, que respondiendo á esas preguntas, habremos de decir que de todo hubo en esa sucesión progresiva de religiones. Si bien es cierto que la fundación de dichos sistemas religiosos obedece á la existencia de un hecho real é innegable, no lo es menos que tal vez por errores de apreciación, por necesidades de la época ó por escasez de conocimientos, los propagadores de estas diversas religiones las convirtieron más de una vez en arma de combate ó instrumento de dominación.

No cabe duda que, si estudiamos con imparcialidad la naturaleza humana y la historia de la humanidad, tenemos que convenir en que la Religión, como lazo espontáneo de unión entre el hombre y Dios, entre lo relativo y lo absoluto, entre la criatura y su

Creador, es una cosa necesaria, que obedece á leyes tan obligatorias y precisas como la afinidad molecular ó la gravitación universal.

Por muchos esfuerzos que se hagan en contra, jamás podrá evitarse que los cuerpos pesados se dirijan al centro de la Tierra, al ser lanzados al espacio y siempre que una causa opuesta no lo impida. Puede el hombre acudir á toda clase de ingeniosos recursos queriendo impedir la combinación química de los cuerpos gaseosos, pero nunca conseguirá que sejen de formar agua dos átomos de hidrógeno y uno de oxígeno, puestos en contacto en condiciones apropiadas.

Por más que luchan y discutan los llamados ateos, jamás lograrán que el valeroso marino ante la tempestad que le amenaza; que la madre ante la muerte del hijo de sus entrañas ó el poderoso multimillonario, ante la ineficiencia de sus tesoros para salvar su vida, no levanten su frente clamando justicia, pidiendo misericordia ó renegando quizá de su suerte, pero siempre reconociendo la existencia de Alguien que todo lo dirige y todo lo puede. En esto consiste la esencia de la Religión.

Le podremos dar el nombre que se quiera, fatalidad, destino, providencia, ley de la naturaleza ó fenómeno universal, pero en todo caso existirá ese reconocimiento más ó menos consciente de una Causa superior á nosotros, á quien nos dirigimos en los trances difíciles de la vida, á cuya relación llamamos nosotros Religión porque de algún modo hablamos de apellidarla.

Luego ya vemos que según todo esto, que podemos comprobar en la vida ordinaria, tan ley de la naturaleza es la Religión como la gravedad, la combinación química y las demás leyes del mundo físico; y por consiguiente, todas las religiones conocidas, á pesar de sus muchos errores, se han fundado siempre en un hecho positivo que nadie podrá negar sin faltar temerariamente á la verdad.

Ante la observación de un fenómeno tan repetido como ese del reconocimiento de un Poder supremo que dispone de nosotros con arreglo á sus sabios planes, el hombre trató de darse una explicación de ello, é inventó el primer sistema religioso, la más rudimentaria de las religiones llamadas positivas. Ve á ese Poder superior en el Sol y le adora y le bendice; lo encuentra en el trueno, en el fuego, en las fuerzas naturales y atemorizado, á todas ellas se dirige pidiendo clemencia, dando lugar por este sencillo procedimiento á las distintas religiones que figuran en el progreso de los siglos.

En realidad, todas ellas vienen á ser manifestaciones de una misma cosa, diversos matices que toma la Religión con arreglo al estado de civilización de los hombres que las fundaron, variando únicamente en la forma de practicar un culto externo y aparatoso como pública manifestación del sentimiento religioso.

Esto es lo que la crítica histórica ha venido á demostrar en

nuestros días, tratando de explicar las diferencias y aparentes contradicciones que se observan en las distintas religiones. Y ante tales conclusiones, hijas del raciocinio y de la imparcialidad, ¿se atreven todavía los representantes de cualquier religión positiva á creerse poseedores de la Única y Absoluta Verdad que exista en la materia? Cuando la Ciencia, sagaz investigadora de la Verdad relativa, está rectificando continuamente sus teorías y conceptos, siempre perfectibles, ¿cualesquiera religión, que en el fondo es una fase de esa misma Verdad universal, ¿va á tener el desmedido orgullo de creerse inviolable é inamovible?

Se dirá que la Religión, como revelación divina, tiene que ser absolutamente cierta y eterna en sus dogmas fundamentales; pero nosotros rechazamos de plano esta conclusión, pues además de reconocer que también la Ciencia tiene ciertas verdades axiomáticas tan invariables como las de la Religión, sabemos que esta revelación de los libros santos con que tanto se adoran en las religiones positivas para atribuirles un origen privilegiado, no es otra cosa que la comunicación espiritista con los seres de ultratumba, fenómeno comprobado por los experimentadores modernos, que está sujeto á leyes inquebrantables de afinidad y que puede ser observado por todo aquel que se ponga en las circunstancias que dicho efecto requiere.

Esta comunicación ó revelación, podrá tener lugar con espíritus de muy distinta elevación, pero siempre lo será con seres limitados y perfectibles como nosotros, que además de estar expuestos á equivocaciones, no siempre les es permitido exponer las verdades que revelan con la exactitud que se nota luego al completar su explicación con los descubrimientos científicos. Además, como la comunicación directa con la Causa Suprema es tan imposible como innecesaria, no hay por qué pensar siquiera que ninguna verdad revelada sea artículo de fe ciega, eterna é inviolable.

El Espiritismo, por lo tanto, no es otra cosa que una Ciencia religiosa, la Religión científica que exige el actual desarrollo de los conocimientos humanos. No enseña un credo fijo é inmutable como todas las anteriores, sino que además de ser hija de una época más culta y progresiva de la sociedad, posee sobre todas las demás, el esencial é incomparable ventaja de admitir en su seno toda la Ciencia que el hombre haya formado y la que pueda descubrir en lo sucesivo.

Estudiando su admirable filosofía, irrefutable hasta el momento presente y examinando sus teorías acerca del porqué de la vida y de la muerte, del origen y fin de los seres, de la justicia de los sufrimientos y de la probada efectividad de la existencia ultraterrena, se siente uno transportado á un mundo nuevo de las ideas, con horizontes inexplorados por la mente humana que llevan nuestra débil naturaleza de plácido consuelo.

Nuestra religión, como manifestación más exacta de la Verdad, que tiene como punto de apoyo á la observación científica y como indestructible palanca á la tolerancia bien entendida, no puede admitir dogmas ni verdades absolutas; todo en ella es relativo y los conocimientos de hoy son rectificadas y ampliados con las explicaciones de mañana, por lo que nunca dirá su última palabra.

Aquí no existe la Gracia divina, ya que todo se obtiene dentro de una Justicia matemática que se mide por quilates. Las recomendaciones dirigidas á la divina Misericordia, no sirven para otra cosa que para tender una mano cariñosa ó infundir la esperanza en los seres que por su causa sufren justamente, sin que jamás pueda torcerse esta justicia con rutinarios cánticos ni pagadas oraciones.

Eso es el Espiritismo que aquí defendemos, el Cristianismo práctico, comentado con arreglo á los descubrimientos de todas las ciencias; sin dogmas cerrados ni templos reducidos; sin culto externo é inútil y sin sacerdotes asalariados.

Y como estamos convencidos de que la Religión es un hecho natural que se dará en el mundo mientras existan los hombres con sus limitaciones y flaquezas y la Causa que rige nuestro destino con su infinito Poder, nosotros admitimos al Espiritismo como una nueva manifestación de esa Religión que, nacida al calor del librepensamiento, acepta todas las morales y explica claramente los llamados milagros, sin necesidad de acudir al errado concepto del mundo sobrenatural.

Spero.



PENSAMIENTOS

Las aguas riegan y fecundan la tierra, que corresponde, con sus abundantes frutos, al bien recibido.

Las lágrimas que derramáis por los sufrimientos ajenos, son también como las aguas que riegan y fecundan los campos del amor inmortal.—SAN AGUSTÍN.

La virtud y el bienestar, hermanos míos, resultan siempre de la dirección que cada uno se da á sí mismo.—S. JUAN DE LA CRUZ.

La verdad, es la madre natural y legítima de la justicia; mas la caridad, como hoy se comprende y se practica, es su más horrible y pérfida madrastra.—VICENTE DE PAUL.

(De la obra «Higiene del Espíritu», obtenida medianfmicamente en un Centro privado de Villena).

AVISO.—Por última vez recordamos á los señores suscriptores de fuera de la localidad, que nos remitan el importe del trimestre que adeudan, y que termina con el presente número, para facilitar la Administración. Como ya dijimos, pueden considerar el segundo número de esta publicación, como recibo de dicho importe.

VILLENA, — Juan J. Amorós, impresor